



História da Historiografia: International
Journal of Theory and History of
Historiography

E-ISSN: 1983-9928

historiadahistoriografia@hotmail.com

Sociedade Brasileira de Teoria e História
da Historiografia

Lavagnino, Nicolás

Lo compacto y lo distorsionado: ciencia, narrativa e ideología en Hayden White
História da Historiografia: International Journal of Theory and History of Historiography,
vol. 7, núm. 16, diciembre, 2014, pp. 239-256

Sociedade Brasileira de Teoria e História da Historiografia
Porto Alegre, Brasil

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=597769659016>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Lo compacto y lo distorsionado: ciencia, narrativa e ideología en Hayden White*

The Compact and the Distorted: Science, Narrative and Ideology in Hayden White

Nicolás Lavagnino

nicolaslavagnino@gmail.com

Professor

Universidad de Buenos Aires

Puán 480, 4^{to} piso, of. 431

1406 - Buenos Aires

Argentina

Resumen

El objetivo de este artículo consiste en explorar la articulación de ciertas coordenadas básicas de la teoría del discurso historiográfico de Hayden White a partir de la convicción de que en el contraste con una noción no demasiado desarrollada de ciencia y con un concepto estrecho de ideología, White encuentra argumentos para apelar a la tropología como *gramática profunda* de los lenguajes ordinarios instanciados narrativamente. En la exploración y crítica de algunos de los puntos ciegos de la triangulación whiteana entre narrativa, ciencia e ideología y de algunas de las consecuencias de esa limitativa consideración de la tropología, este artículo pretende no sólo contribuir a la comprensión más amplia de la propuesta de White, sino también alentar su profundización.

239

Palabras clave

Ideología; Narrativa historiográfica; Ciencia.

Abstract

The aim of this paper is to explore the articulation of certain basic concepts in the Whitean theory of historiographical discourse, based on the conviction that by establishing a contrast with a not too developed notion of science and with a narrow concept of ideology, White ends up resorting to tropology as a *deep grammar* of the ordinary language instantiated in narrative. By exploring and criticizing some of the blind spots of White's three-cornered approach to narrative, science and ideology, and some of the consequences of this very restrictive use of tropology, this article intends not only to contribute to a more comprehensive understanding of the Whitean proposal, but also to encourage its deepening.

Keywords

Ideology; Historiographical narrative; Science.

Enviado el: 15/9/2014

Aprobado el: 10/11/2014

* Esta investigación contó con el apoyo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Coordenadas de un problema

En la filosofía de la historia indudablemente hay un antes y un después de la publicación de *Metahistoria* de Hayden White en 1973 (WHITE 1992). Cuarenta años después de su aparición podemos asumir que la emergencia del narrativismo ha dado lugar a lo que Frank Ankersmit y Hans Kellner (ANKERSMIT; KELLNER 1995), entre otros, han denominado “nueva filosofía de la historia”. Este enfoque incorpora a las habituales interrogaciones y pesquisas de corte epistemológico en torno al conocimiento de los sucesos pasados una reflexión de índole metateórica, cuya finalidad reside en reconsiderar el lugar del lenguaje y el discurso en aquel tipo de conocimiento, así como también en establecer una ambiciosa reconfiguración de las relaciones entre literatura e historiografía, indagando en los cruces entre lo ficcional y lo no ficcional.

Se trata, en sustancia, de una rediscusión, a partir de la obra de White, de las características del proceso de disciplinarización del lenguaje referido al pasado, partiendo para ello de un enfoque tropológico del discurso que analiza los aspectos narrativos del lenguaje empleado por los historiadores así como también el compromiso que se presupone respecto de una ontología histórica. Si toda historiografía veladamente encubre narrativamente una apuesta sustantiva en pos de una noción dada del pasado, ¿qué tipo de disciplinariedad está puesta en acto? Y ulteriormente, ¿qué implicatura ideológica viene asociada tanto a esa ontología como al uso cifrado que de ella se hace?

240

Lo que puede verse entonces es la confluencia del problema de la narrativa con el de la cientificidad de la disciplina historiográfica, en una constelación temática en la cual ronda la figura de la implicación ideológica. Y es justamente esa implicatura (y lo que conlleva la apelación al concepto de *ideología*) la que está llamada a ocupar un lugar central en esas discusiones. No obstante lo más habitual es que en este punto se pase sin más a un registro interpretativo centrado en la aparente existencia (o no) de implicancias ideológicas en la narrativa misma como un todo, en tanto tipo de artefacto verbal, con independencia de si refiere cognitivamente al pasado o si carece en absoluto de tal pretensión. Resulta ser así que lo ideológico de la narrativa, en ese planteo, le impide ser plenamente “científica”. El mismo White no se ha privado de invocar esa perspectiva (WHITE 1987, p. 1-25 y p. 31), para lo cual se ha servido ocasionalmente del concepto de *narrativización*, el acto de narrar que se oculta a sí mismo en tren de producir un efecto de realidad en la proyección de un pasado que sólo puede ser imaginario o producto de un anhelo legitimador (WHITE 1987, p. 25); esto es, en pos de producir un efecto ideológico o “mitológico” antes que la articulación de algún tipo de verdad de acuerdo a algún régimen discursivo de índole científica (la oposición puede verse en BARTHES 1971, reproducida por White en términos casi textuales en WHITE 1987, p. 24-25).

Se podría llegar a creer que el mismo planteo parece sugerir, dada la distinción entre narrar y narrativizar, que no toda narración está comprometida con la clausura ideologizante o de sentido que se impone subrepticamente, pero, en ocasiones, el planteo ha asumido la forma de una negación práctica de esa posibilidad: en los hechos, el narrar deriva en un narrativizar que compromete al artefacto con su efecto de clausura y su proyección de una realidad imaginaria.

En una veta más positiva, autores como David Carr (CARR 1986a; 1986b) o Ricoeur (RICOEUR 1995; 1999) han recuperado la perspectiva práctica y social de la narratividad misma. Aquí parece asumirse que esa remisión a un universo práctico [o de una “red conceptual de la acción”, en términos de Ricoeur (1995, p. 116)] no implica una connotación negativa (como en el primer linaje invocado), pero la dificultad radica en explicitar la consistencia de esa misma correlación sin incurrir ni en una petición de principio acerca del carácter estructurado de la experiencia, ni en redundancia, ni en una regresión al infinito.

Una tercera ruta alternativa, disponible para White desde sus más tempranos trabajos,¹ se vincula con la historia literaria historicista de Erich Auerbach (1968; 1998): la noción misma de *figura* y la idea misma de una estructura figural (*figuralstruktur*) reconstruyen los puentes que vinculan un texto a una obra, una época y a los antecedentes putativos a los cuales una expresión verbal alude y se filia expresamente al ser influida por ellos. Pero ese talante historicista y figural en White ha convivido durante décadas con denuncias de la narrativización y con la idea de que un mecanismo negativo de cierre y legitimación de un orden social dado se encuentra presente siempre que alguien está narrando (el lugar clásico de esa afirmación es WHITE 1987, p. 25). La confluencia de historiografía y narración supone, entonces, que los historiadores, al narrar, están configurando un artefacto que, amén de literario, es ideológico en sentido pleno.

En esa perspectiva puede apreciarse la interrelación de lo narrativo, lo ideológico y lo cognitivamente responsable, i.e. “lo científico” (Cf. LAVAGNINO; TOZZI 2013) en una marejada temática que supone, por lo general, más de lo que puede probar y da por buenas ciertas identificaciones más o menos tenues, basadas en distinciones rayanas en lo dogmático: aquella entre lo científico y lo literario, entre lo científico y lo ideológico, entre lo narrativo (como ideológico) y lo cognitivamente responsable y así sucesivamente (Cf. LORENZ 1994; 1998). La narrativa produciría así una concordancia, cierre u homogeneización de un registro heterogéneo por medio de un funcionamiento que no puede ser otra cosa que ideológico, siendo lo ideológico entendido de alguna manera como lo “no científico”. El vínculo entre ciencia, ideología y narración se vuelve así inextricable.

Resulta crucial aquí el hecho de que podemos hallar esa misma confabulación de presuposiciones en el autor que descerrajó esa discusión: es Hayden White el que construye una revolucionaria teoría de la obra histórica que se vuelve insuperable en el sentido de que ya no podemos comprender el conocimiento histórico *sin* ella aunque seguramente debamos entenderlo *después* de ella recorriendo algunas de esas confusas o poco exploradas articulaciones al interior de una red semántica centrada en lo que serán mis tres términos claves: ciencia, narración e ideología. Ciertamente, en su introducción a *Metahistoria* (WHITE 1992, p. 41-42) White apela a la contraposición entre *esquema* y *figura* para denotar las áreas del discurso compactado silogísticamente por un lado y la región entimemática en la cual la figuración y la tropología se vuelven fundamentales,

¹ Cf. WHITE 1972, p. 126-136 (en sustancia, un artículo basado en una presentación de 1967).

por el otro. Ahora bien, es justamente la idea de que un plano (aquel en el que se presenta el par entimema-silogismo) lleva tan lípidamente al otro (la determinación del carácter compacto de la ciencia y del carácter clausurante, por ideológico, de la narrativa) la que debemos explorar más detenidamente.

El objetivo de este artículo consiste, en suma, en explorar críticamente la articulación de las coordenadas básicas de lo científico, lo narrativo y lo ideológico al interior del dispositivo teórico whiteano a partir de la convicción de que esa misma configuración se ha proyectado sin pérdida sustantiva no sólo en muchos de sus discípulos y en aquellos que la han recibido positivamente, sino que ha surcado de manera impune aquellos que han combatido con ahínco la existencia misma del narrativismo como marco teórico. Se apuntará con ello a comprender de manera más amplia la propuesta misma, lo que a su vez podría coadyuvar a su problematización y profundización.

Ciertamente la exposición de la teoría de White resulta redundante aquí, no sólo por motivos de espacio, sino porque es suficientemente conocida o porque pueden reconstruirse sus múltiples aristas con cierta facilidad (Cf. DORAN 2010; KELLNER 1989; LAVAGNINO 2013; LAVAGNINO; TOZZI 2012; PAUL 2011; TOZZI 2009). Paradójicamente creo que una mejor vía de entrada para analizar la constelación problemática que me interesa aquí la constituye el paneo de cierto espectro crítico que ha sucedido a la publicación de *Metahistoria* en 1973.

242

La primera crítica supone una revisión de la idea presente en White de un modelo formal como paradigma de “lo científico”, como espacio conceptual contrapuesto a lo “no formalizado” o “precientífico”. *La segunda* exige revisar la distinción entre teoría del *mythos* e implicaciones ideológicas que justifican en White la apelación disyunta a Frye y a Mannheim como proveedores de vocabularios disponibles alternativos encaminados a relevar aspectos diferentes de la operatoria verbal historiográfica, concentrándonos en el concepto de ideología que parece subtender tanto el planteo whiteano como el de muchos de sus detractores. *La tercera* invita a reflexionar en torno a los problemas de toda “arquitectónica” que reenvía a un modelo de “superficies y profundidades” o a una “gramática profunda” del lenguaje empleado por los historiadores. Respecto de la última crítica, meramente la mencionaré brevemente al final, antes de la conclusión, ya que la he trabajado previamente (LAVAGNINO 2014) pero resulta de fundamental importancia para comprender la interrelación de las dos primeras críticas, a las cuales me dedicaré seguidamente.

Ciencia y tropología: esquemas y figuras revisitados

En primer lugar, entonces, podemos evaluar la actitud de White hacia la ciencia en general como categoría de contraste respecto de los modos propiamente narrativos. Nuestro punto de partida consiste en afirmar que el “experimento” whiteano aborda de manera plural e indecible lo que considera primariamente como una “estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo o imagen de estructuras y procesos pasados con el fin de *explicar lo que fueron representándolos*” (WHITE 1992, p. 14, cursivas del autor) y les aplica los procedimientos hermenéuticos plurales alternativos propios del

vocabulario de los encuadres de trama de Frye, del vocabulario formal de Pepper y del vocabulario de las implicaciones ideológicas cognitivamente responsables de Mannheim.

Consideradas como alegorías las obras históricas parecen prestarse al análisis por los métodos propuestos por Frye. Considerada como forma de discurso cognoscitivamente responsable, una obra histórica parece ser caracterizable en la terminología de Pepper. Y consideradas como trozos morales, parecen ser descriptibles con exactitud en los términos que ofrece la variante de Mannheim de la sociología del conocimiento" (WHITE 1992, p. 25n).

Esos procedimientos plurales e irreductibles permiten articular un paradigma *gramatical-instrumental* de interpretación de los textos históricos. Lo que interesa a White es "la estructura profunda de la imaginación histórica" (WHITE 1992, p. 9), la manera en la que ésta presenta un conjunto de acontecimientos por medio de una explicación narrativa que funciona como paradigma argumental, a la que inhiere, no obstante, un acto de prefiguración poética y lingüística no eliminable regulado por los tropos. Los tropos designan aquí "modos de conciencia" (WHITE 1992, p. 10) que proporcionan las bases de articulación de los protocolos lingüísticos que White como gramático e intérprete va a reconstruir.

El modo tropológico dominante y su correspondiente protocolo lingüístico forman la base irreductiblemente «metahistórica» de cualquier obra histórica. Y sostengo que ese elemento metahistórico en las obras de los principales historiadores del siglo XIX constituye la «filosofía de la historia» que sostiene implícitamente sus obras (WHITE 1992, p. 10).

243

En la mención de ese modo tropológico y de la divergencia entre historiografía y filosofía especulativa de la historia se encuentra una primera reexpresión de la díada silogismo-entimema que resultará de fundamental importancia aquí: afirma White que los términos comunes, explícitos o implícitos, que vinculan a historiadores y filósofos de la historia pueden hallarse en virtud de la naturaleza tropológica del lenguaje empleado por ambos. Y eso es así debido a que "en cualquier campo de estudio todavía no reducido (o elevado) a la situación de auténtica ciencia, el pensamiento permanece cautivo del modo lingüístico en que intenta captar la silueta de los objetos que habitan el campo de su percepción" (WHITE 1992, p. 11).

La imaginaria del enunciado es inequívoca: en la práctica de "auténtica" ciencia se reduce —y aquí "reducción" no tiene un matiz negativo, sino positivo, de clarificación, y se refiere al modo en que el silogismo clarifica lo que en el entimema no tiene sino el carácter de lo trunco— el conjunto disperso de entidades que nos entrega la aprehensión primaria del entorno. La formalización o purga del lenguaje ordinario es una función de la "elevación" de la práctica lingüística desde las mazmorras del modo lingüístico "cautivo" en el que "intenta captar" las "siluetas de los objetos" a la claridad presupuesta en la esquematización de los lenguajes formales. Pero esa es una relectura innecesaria de la relación

entre entimema y silogismo en la cual se aprecia menos una “elevación” desde el cautiverio que un tipo de continuidad en la que el vínculo es definible más propiamente como de inclusión de la práctica más específica en la práctica más genérica y extendida.

Eso se advierte desde el origen mismo de la consideración del entimema, en tanto que, como tal, no es sino un “silogismo trunco”, el tipo de elisión de una cláusula o premisa en la medida en que se la sobreentiende. Así, paradójicamente, el entimema, en la canónica definición de Aristóteles, parecería suponer el acuerdo. Sin embargo, una mirada más profunda sugiere exactamente lo contrario, ya que en lo elidido anida aquello sobre lo que el entimema está operando, ya sea para postularlo implícitamente, como implicado en las premisas explicitadas, ya sea para “retirarlo” de la consideración explícita. No obstante eso, no debería asociarse al entimema con la falacia. Más bien, el punto consiste en la elisión (lo “trunco”) y en lo que conceptualmente configura el carácter mismo de lo elidido.

En ese sentido se advierten los problemas presentes en la técnica convencional para evaluar los discursos en prosa que se concentra en la apreciación externa de los temas a los que refiere y en el análisis de la consistencia lógica de los enunciados involucrados siguiendo el modelo del silogismo. Esa técnica, asevera White, ignora las propiedades mismas del discurso, que es “proyectado para *constituir* el fundamento sobre el cual decidir *qué contará como un hecho* en las cuestiones consideradas y determinar *qué modo de comprensión* es más adecuado para el entendimiento de los hechos así constituidos” (WHITE 1978, p. 3). El discurso (palabra derivada del latín *discurrere*) es una empresa transicional, que sugiere movimiento y que apunta a “deconstruir una conceptualización de un área dada de experiencia que ha llegado a compactarse en una hipóstasis que bloquea la percepción [...] en aras de la formalización [...]” (WHITE 1978, p. 3). Como hipóstasis y “área compactada” que pretende acceder a la dignidad de lo formalizable, la conceptualización *puede* habilitar el subsiguiente análisis en términos de los procedimientos lógicos, silogísticos, hipotético-deductivos y demás orientados a la producción de enunciados significativos a partir de una terminología acordada (esencialmente no disputada).

Pero también *puede no hacerlo* y, en ese sentido, el discurso puede operar para deconstruir el área compactada y sugerir formulaciones alternativas de enunciados que se pretenden significativos a partir de una terminología esencialmente disputada (no acordada), para lo cual resulta fundamental el procedimiento entimemático. El discurso, entonces, es el área de la expresión verbal que media entre, por un lado, la expresión formal, silogística o “hipotético-deductiva” que apela a una terminología acordada y, por el otro, la pura expresión de una terminología disputada que se propone justamente a modo de ruptura o quiebre de la expectativa presupuesta por los hablantes en la situación esquemática. En ese sentido, lo entimemático es ante- o prelógico más que antilógico. Designa el espacio de elisiones en el cual las expresiones silogísticas pueden ulteriormente desarrollarse.

Pero los bordes lógicos y antelógicos de la expresión verbal no deberían hacernos olvidar que, en rigor, todo el tiempo estamos apelando a entimemas;

podemos eventualmente, por cierto tiempo, para determinados fines y propósitos, “disciplinarnos” silogísticamente, pero una cosa no es discontinua de la otra y no debemos olvidar que lo que se disciplina es el discurso, no los procesos de pensamiento, que siguen tan anclados como antes en la mixtura inescindible de esquemas y figuras (WHITE 1992, p. 43n).

Prescindiendo de la imaginería de elevaciones formales y mazmorras entimemáticas, aun así el significado de la contraposición realizada por White es fundamental: lo que hace a la “elevación” es la capacidad de desarrollar un metalenguaje desde el cual operar de manera que el caos entimemático tropológicamente informado del lenguaje ordinario sea “reducido” a la pureza silogística y donde el punto clave, remarco, reside en la incapacidad de la tropología y el entimema en adoptar criterios lógicos en torno a la identidad y el principio de no contradicción. En rigor, la tropología y el entimema *sólo pueden funcionar* en tanto manejen un criterio ambiguo de identidad (un criterio que podríamos llamar poético o sustentado en la polisemia inherente al lenguaje ordinario). De hecho, se nutren, para mejor administrarla, de la constelación de contradicciones que entrega aquel criterio de identidad ambiguo.

En este punto resulta evidente que la ciencia es considerada un tipo de práctica asociada a la configuración silogística de los modos discursivos, aunque permanece anclada, tanto como cualquier otra práctica, en el registro mixturado más amplio de lo entimemático. Sin embargo, lo científico procede disciplinarmente como un espacio en el cual la expectativa de los hablantes apunta a la clarificación de los términos empleados y a la posposición, tanto como sea posible, de la disputa acerca de los mismos. La capacidad de un ámbito disciplinar de “reducir” un campo de estudio en su variedad entimemática a la más esperable “captación” silogística propia de la “auténtica ciencia” parece comprometerlos con la distinción entre ámbitos de la cultura que han logrado esa reducción, elevándose por lo tanto a la dignidad científica, y ámbitos que no lo han logrado.

Ahora bien, el problema reside en armonizar dos intuiciones que informan tal caracterización. Por un lado, la idea de que “en realidad”, la “ciencia” es tan solo superficialmente silogística y “lograda”, permaneciendo en la base tan entimemática como la historia o el habla ordinaria. Por el otro, la idea de que es la incapacidad del logro silogístico en el ámbito historiográfico la que justifica la apelación a un cuerpo “no formal o lógico” propiamente tropológico de procedimientos para evaluarlo en tanto forma cognitiva (WHITE 1992, p. 42n). Por lo tanto, o bien podemos, entonces, sobre la base de ese diagnóstico, aplicar la tropología a la ciencia misma —y entonces no hay carencia alguna en la historiografía que otorgue espacio al recurso a la tropología como protocolo diferencial “no lógico” de evaluación cognitiva—, o bien no podemos aplicar la tropología a la ciencia y, entonces, estamos estableciendo un modelo oposicional, más que integrador, de lo tropológico respecto de lo lógico.

Vale decir, White no pretende que tropología y lógica están en oposición y antagonismo irreconciliable. Más bien la lógica (“lo silogístico”) es un *momento*, un punto de abstracción de lo tropológico en el que se limita con cierta finalidad

la operatoria tropológica misma. Pero, por otro lado, ciencia e historia sí están en oposición, en algún sentido relevante, en tanto la historia permanece “cautiva” y es endémicamente incapaz de “elevarse” a la condición de auténtica ciencia. Ergo, porque la historia no se reduce, no se formaliza —en virtud de su ironismo contextualista—, hay algo que puede reprochársele al espacio disciplinar como un todo —en su “falta de elevación” y en su cautividad irónica—.

Pero esa acusación sólo puede prosperar si hemos de conceder una suerte de delimitación conclusiva respecto de ámbitos diferenciados de la cultura en la cual “lo científico” como “*praxis* cultural general” deriva en la dirección de lo acordado, formalizable y “lógico”, mientras lo no científico, en el mismo sentido genérico, permanece cautivo en lo disputado, lo contextualizado y tropológico, todo lo cual va en contra de la idea de un *modelo inclusivo, no reductivo e integrador de lo entimemático y lo silogístico*, lo figurativo y lo esquemático o literal (que es justamente lo que White sostiene en su extensa nota al pie de página en *Metahistoria*). Al mismo tiempo, esa idea parece especialmente deudora de la idea de lo científico como lo formalizado y éste, a su vez, como lo “no disputado” o el “área compactada del discurso”.

Por lo tanto, es útil aquí recuperar el énfasis plural de la tropología en vez de comprometerse con las características propias de supuestos ámbitos disyuntos de la cultura. En todo caso, históricamente, convencionalmente, las así llamadas “ciencias naturales” han logrado hacer converger los horizontes de expectativas y de interpretación en torno a terminologías usualmente acordadas en la denominada “ciencia normal”. Convencionalmente, las humanidades han frustrado de manera más sistemática esa convergencia. Pero, en todo caso, la distinción es *de grado y no de tipo* entre las formas de conocimiento y el reconocimiento del carácter espectral mismo de lo entimemático-silogístico ayuda a entender esa gradación.

Eso contribuye también a la comprensión del motivo por el cual la filosofía de las ciencias naturales ha tendido en las últimas décadas a resaltar los periódicos reajustes que subtienden la práctica científica normal a partir de la comprensión del funcionamiento de las matrices disciplinares en Kuhn (1971) o de los procedimientos tropológicos que orientan las estrategias cognitivas en la ciencia según Max Black (1962) o Mary Hesse (1966; Cf. GROSS 1990; 2006).

Ahora bien, si la ciencia es también terreno apropiado para la configuración entimemática, tropológica, disputada y provisionalmente conflictiva del discurso, entonces una parte importante de la *caracterización por “la falta de elevación”* que justificaba la apelación al excursus tropológico en la filosofía de la historia se pierde. No es porque “hay una falta disciplinar” que recurrimos a la tropología. Los motivos deben de ser otros.

El problema de la comprensión whiteana de lo científico como lo no disputado y lo formalizado no reside en su supuesta aceptación acrítica de un plano de eventos estabilizado disyunto del plano narrativo inestable (Cf. KANSTEINER 1993; LORENZ 1994; 1998), pivotando en torno a la distinción entre el eje fáctico-informativo por un lado y el narrativo-interpretativo o configuracional por el otro. El punto flojo se halla en la concesión implícita de una diferenciación

entre espacios de prácticas culturales extendidas que es la que permite la justificación del recurso a la tropología y la que habilita una crítica en toda la línea a las “consecuencias de la ironía historiográfica”. Esta primera crítica, entonces, se ordena en torno a la no necesidad de esa caracterización para defender el recurso a la tropología.

Antes bien, lo que tematiza el par esquema-figura es la posible impugnación de lo “legítimamente esperado” y, por ende, del “acuerdo fundamental” acerca de la naturaleza de términos cruciales para la caracterización verbal de nuestra experiencia cotidiana. El par esquema-figuración nos sirve entonces para reconstruir el aspecto procesual de la articulación y desarticulación de horizontes de expectativas que permiten anticipar y decodificar los usos lingüísticos en el lenguaje ordinario. Lejos de permitir una caracterización de lo tropológico y lo narrativo como “lo no científico” y de identificar lo científico plenamente con “el área compacta del discurso”, la díada nos permite la comprensión de los procesos de legitimación disciplinar al interior de los diversos espacios de prácticas disciplinares y el lugar de la fijación o mutación de los léxicos y vocabularios en esos mismos procesos, con independencia de sus contenidos mentados.

Inversiones metalépticas: distorsión narrativa y clausura ideológica

La *segunda crítica* tiene que ver con una curiosa especificación whiteana. Hemos visto el punto en el cual White divide las funciones de los vocabularios que empleará para analizar el discurso historiográfico: utilizará la teoría literaria de Frye para caracterizar las narrativas históricas en su *aspecto estético o poético* en tanto que *alegorías* (WHITE 1992, p. 25n). Ahora bien, para Frye, una trama es mucho más que un tipo de alegoría decodificable en términos de procedimientos estilísticos o propiamente estéticos (Cf. FRYE 1971; 1977; 1980). En las tramas se arbitran intenciones sociales, cosmovisiones y prefiguraciones del orden social; constituyen, por así decirlo, el lenguaje ordinario sobre el cual se pueden ulteriormente montar los refinamientos y elaboraciones más complejas de las diversas visiones políticas, utópicas o propiamente doctrinarias. En ese sentido, *no hay trama sin implicación ideológica, y el vocabulario de las tramas es un léxico de relevamiento de las implicancias ideológicas de los relatos*. En rigor, no sabríamos para qué nos serviría una teoría de los géneros literarios, como no fuera para analizar las dimensiones sociales, políticas e ideológicas de los módulos de comportamiento verbal analizados (LAVAGNINO 2014, p. 136).

Podríamos ahora preguntarnos por la eficacia de esa lectura acotada del vocabulario de las tramas en la teoría whiteana, prestando especial atención a lo que esa restricción supone para la definición del concepto mismo de implicación ideológica. Sostengo aquí que esa delimitación tiene por finalidad legitimar la apelación a un tercer vocabulario, el de Mannheim, como piedra de toque del análisis de las implicaciones ideológicas. Lo que pretende White con ese recurso a *Ideología y utopía* (MANNHEIM 2004) no es reducir el estudio de la sociedad a una ciencia, sino *rastrear distintas actitudes respecto de la función de las ciencias humanas, diferentes actitudes ante el cambio social, diversas concepciones de las orientaciones que esos cambios deberían tener y de los medios a emplear,*

como resultado de la identificación divergente de las instancias temporales relevantes (WHITE 1992, p. 33-34). Por medio de ese rastreo de actitudes, sostiene White,

el momento ético de una obra histórica se refleja en el modo de implicación ideológica por el cual una percepción *estética* (la trama) y una operación *cognoscitiva* (la argumentación) pueden combinarse de manera que derivan en afirmaciones prescriptivas de lo que podrían parecer afirmaciones puramente descriptivas o analíticas (WHITE 1992, p. 36).

Aquí reside el meollo del problema. La trama es reducida a una percepción estética, lo que he llamado una *teoría restringida del mythos* (Cf. LAVAGNINO 2014), mientras el lugar de la implicación ideológica es el de un análisis *derivado* de los modos combinatorios posibles de las percepciones estéticas y las operaciones cognoscitivas (tramas y argumentaciones formales).

Todo eso es altamente conflictivo y potencialmente superfluo. Las tramas mismas son artefactos destinados a rastrear “diferentes actitudes ante el cambio social”, “diversas concepciones de las orientaciones que esos cambios deberían tener y de los medios a emplear”, “como resultado de la identificación divergente de las instancias temporales relevantes” (WHITE 1992, p. 33-34). Es decir, es relativamente sencillo expresar las orientaciones propias de las implicaciones ideológicas en el vocabulario de las tramas y de manera no casual, ya que *ambos vocabularios se proponen para lo mismo: dar cuenta de la producción y reproducción de lo social por intermedio del análisis del comportamiento verbal extendido*.

248

Ante eso, algunas marcaciones del procedimiento mismo de Mannheim en *Ideología y utopía* pueden resultar de interés. El concepto de ideología es un punto nodal de la teoría social desde Marx en adelante. Pero justamente es la riqueza del concepto mismo de ideología la que es elidida en el planteo whiteano. Una relectura del concepto desde los aportes que ha realizado Paul Ricoeur (2008) puede resultar de interés en pos de recuperar esa fertilidad perdida.

Con el término “ideología” parece designarse, en primera instancia, un tipo de fenómeno vinculado con una teoría reflexiva de la conciencia. En sus orígenes (en el marco de *La Société des idéologues* creada por Destutt de Tracy en la época de Napoleón Bonaparte y en oposición a él) se implicaba con ello la aspiración a una ciencia “pura” de las ideas, pero durante la primera mitad del siglo XIX confluyó con el problema romántico y hegeliano de la percepción ordinaria ante *el mundo invertido* (GADAMER 1980, p. 49), dando lugar así a un planteo que ha llegado hasta nosotros en la forma de una crítica de la alienación o del fetichismo. El punto fundamental que hay que establecer aquí es que el fenómeno ideológico, la teoría de la alienación y la crítica de la religión pueden enfocarse desde una matriz común (RICOEUR 2008, p. 45): la noción retórica de *metalepsis* es crucial aquí, ya que instancia lo que podríamos llamar *inversión metaléptica*: tomar como causa agente lo que no es sino un efecto y viceversa.

“Ideología” designa así un tipo de relación de ideas que enmascara, vela o distorsiona una realidad dada por medio de la distorsión (inversión metaléptica). Al mismo tiempo, como la lectura de la *Ideología alemana* pone en claro, la

contraposición de lo ideológico se da con lo real, entendiendo lo real como lo *wirklich*, en el sentido de la realidad efectiva, lo operante. Se produce así el tipo de visión alienada o “invertida” que apela para sustanciarse a un conjunto de imágenes basadas en el contraste entre luz y oscuridad o en el fenómeno óptico del reflejo en una cámara oscura (RICOEUR 2001, p. 295). Y, a su vez, en tanto desvelamiento de esa situación desde la crítica de la ideología, se propone como la *inversión de una inversión*, un análogo de aquello que hace el cerebro con la inscripción retiniana del reflejo proveniente del mundo exterior al ojo que ve. Pero puede decirse con Ricoeur que, en su conjunto,

estas metáforas quedan prisioneras en una red de imágenes especulares y en un sistema de oposiciones —teoría-práctica, real-imaginario, luz-oscuridad— que dan testimonio de la índole metafísica del concepto de ideología como inversión de una inversión [...] Si el vínculo social es en sí mismo simbólico, es absolutamente vano intentar derivar las imágenes de algo anterior que sería lo real, la actividad real, el proceso de vida real, del cual habría allí secundariamente reflejos y ecos. Un discurso no ideológico sobre la ideología tropieza aquí con la imposibilidad de alcanzar un real social anterior a la simbolización (RICOEUR 2001, p. 295).

A esa primera aporía le sucede otra. También aquí es el marxismo el punto de partida, en este caso de una contraposición entre la conciencia ideologizada o dominada metalépticamente y el orden ya no de lo real, sino de lo científico. Esta segunda variante es la que llega hasta nosotros en la idea de que hay “géneros cómplices”, como la narrativa, la novela o la literatura, que realizan algún tipo de cierre o clausura legitimadora de índole ideológica, el tipo de operación que supone una distorsión o inversión en la cual se reflejan los contenidos en una conciencia alienada.

Ahora bien, mientras que el marxismo clásico vio lo ideológico en términos de lo alienado o bien de lo “no científico”, postulando un ámbito a salvo de la distorsión —el de la propia teoría y el modo de conciencia que ella designaba—, el valor de la sociología del conocimiento postulada por Mannheim —y rescatada por el mismo White— reside en “ampliar el concepto de ideología hasta el punto de abarcar hasta la ideología que la afirma” (TAYLOR 2008, p. 16). El punto de vista panóptico, de la pura observación, que es el requerido para imputar alienación, inoperancia, fetichismo o inversión alguna, se admite como imposible y es la circularidad de la noción misma de ideología la que constituye la llamada *paradoja de Mannheim*. Esa paradoja marca el fin de una primera noción de lo ideológico (“de lo distorsionado pero superable en principio”) en pos de un reconocimiento de la complejidad del fenómeno ideológico.

Esto es, mientras el primer modelo de lo ideológico —en su matriz romántico-hegeliana-marxista— considera a la ideología bajo el paradigma de la *desviación*, la *distorsión* o la *imposición artificial de sentido*, un segundo procedimiento apunta a reconstruir la lógica de la implicación ideológica desde el punto de vista de “la *pretensión* a la legitimidad por parte de la autoridad” y “la *creencia* en la legitimidad del orden” (TAYLOR 2008, p. 18). El modelo ahora es el de la *brecha a cubrir entre la pretensión y la creencia*, siendo la ideología el “relleno” o plusvalor

que se despliega en esa brecha. Se trata de un modelo de interacción en el que no hay norma y no hay desviación. Hay estatutos y pretensiones, creencias y encuadres de legitimación, que funcionan o no lo hacen.

Podemos llamar a este segundo modelo el de una consideración *funcional* de lo ideológico. Este procedimiento toma distancia, entonces, de cualquier consideración *sistemática de lo ideológico que reenvíe a una lógica de la pura deformación* (RICOEUR 2008, p. 259). Sin embargo, eso no se propone con la finalidad de anular las potencialidades críticas, sino para entender el funcionamiento de lo ideológico en el ámbito de la comunicación interpersonal. “El elemento de crítica es él mismo el elemento clave del proceso para restablecer la comunicación” (RICOEUR 2008, p. 260).

Un tercer modo de concebir lo ideológico va más allá de Mannheim y muestra una elaboración clara en Geertz (1973) y en Ricoeur (2008). En él, lo ideológico es un modo de la *integración*, preservador de la “identidad social”. Lejos de la escuela de la deformación, la ideología como integración supone que la ideología es “constitutiva de la existencia social” (TAYLOR 2008, p. 20). “La ideología conserva la identidad, pero también aspira a conservar lo que ya existe [...]. Algo se hace ideológico —en el sentido más negativo del término— cuando la función integradora se petrifica” (RICOEUR 2008, p. 285). Esa es la base sobre la cual la estructura funcional y el aspecto distorsivo de lo ideológico pueden posteriormente operar. “Solo porque la estructura de la vida social humana es ya simbólica puede estar deformada” (RICOEUR 2008, p. 53). La ideología es un protocolo de desviación en tanto “la función integradora se atrofia [...] y prevalecen la esquematización y la racionalización” (RICOEUR 2008, p. 285).

La ideología como elemento fundante del momento “político” del comportamiento verbal no designa, entonces, otra cosa que la tensión inherente a la situación hermenéutica general, el conflicto entre la participación y el distanciamiento respecto de un estado de cosas, el incesante proceso de “descontextualización” y “recontextualización” (RICOEUR 2008, p. 327) que tensiona los modos narrativos que labran para nosotros un sentido dado de realidad.

La ideología como fenómeno integrador se muestra, justamente, como una empresa mediadora (entre valores, tradiciones, audiencias, lo cual supone una configuración específica, i.e. discursiva), generativa (esto es, operante, que produce efectos *reales*), ciertamente esquematizadora (en su orientación hacia la eficacia), en tanto y en cuanto su operativización pueda instanciarse en cierto modo irreflexivo: vivimos *en* ella antes que *a través* de ella. Es menos una lente que una atmósfera, algo ante lo cual nos encontramos arrojados y ante lo cual operamos presuponiendo su misma existencia. Ese horizonte sedimentado, inercial, es precisamente el que permite la crítica de la ideología y el que subyace al modelo de la distorsión, pero, siguiendo a Ricoeur, y a Gadamer, no deberíamos olvidar que ese horizonte de precomprensión al cual podemos impugnar, es también el que operativiza cualquiera de nuestras proyecciones de sentido, sean a favor de derrocar las tradiciones, prejuicios y autoridades o en pos de confirmarlas. Lo ideológico, así visto, no es más que una parte de la conciencia histórica efectual de la que ha hablado largamente Gadamer (2007, p. 370 y ss.).

La recuperación de un concepto plural de ideología debería llevarnos más allá de la mera mención al problema de lo ideológico como distorsión o inversión metaléptica. Ciertamente, inscribe el término en el problema de la legitimación y reasegura sus funciones integradoras, operativas, esquematizadoras. Lo ideológico estaría así lejos de ser una implicación derivada de una operación cognitiva y una estética. Se fincaría, más bien, en el corazón mismo del procedimiento tropológico, de la figuración, que, en su tramado discursivo, propone un silogismo trunco que pretende operar entimemáticamente. Pero eso, más que constituirse en una pérdida o en una señal negativa, es indicador de la potencia del artefacto narrativo, explicativo de su ubicuidad y de su importancia como forma cognitiva. Justamente porque la narrativa implica ideológicamente por medios tropológicos es que resulta tan eminente como operación epistémica. No hay clausura narrativa porque haya distorsión ideológica. Operando ideológicamente la narrativa se abre a un universo de sentidos, un mundo social en el que se inserta como un tipo más de práctica, entre tantas otras.

Eso me conduce a la *tercera crítica*: el modelo de “superficies” y “profundidades”, la idea de una “estructura profunda” presente en el lenguaje ordinario empleado por los historiadores, de una gramática (etimológicamente proveniente de *grammāre*, “saber oculto”, lo cual sugiere que la idea de una “gramática profunda” es en sí misma un pleonismo) metahistórica, es el nexo conceptual que permite interrelacionar los dos rasgos expuestos previamente. Lo científico se presenta como el área compactada del discurso, en tanto está operando un concepto disyuntivo del vínculo entre lo ideológico y lo científico. Ambos aspectos, lo compacto y lo distorsionado, se complementan eficazmente, generando una visión teórica que cambia permanentemente el plano de análisis, reforzando cada uno los presupuestos del otro: lo científico se presenta como el área compactada del discurso, justamente porque la narración resulta ser un artefacto ideológico, clausurante y distorsionador y viceversa.

251

Ahora bien ¿cuál es la idea de una *arquitectura* del lenguaje histórico, basada en la imagen de la superficie y la profundidad? En primer lugar, parece hacer lugar —parece “legitimar”— el expediente tropológico: lo tropológico es lo *profundo*, en tanto las estrategias críticas habituales se quedan en la “superficie”. Según Kellner (2013, p. 154), White erigió su idea de una arquitectónica del discurso mayormente inspirado en las formulaciones de Chomsky, pero sin pretender el rigor formal del lingüista. Las posibilidades de una metahistoria no radican en una supuesta teoría formal de las estructuras de la conciencia (WHITE 1978, p. 13; 2003, p. 85), sino en enfatizar el aspecto tropológico de la articulación del lenguaje ordinario, un aspecto para el cual no es posible reclamar más que “el estatus de un modelo que se repite persistentemente en los discursos modernos acerca de la conciencia humana [...] la fuerza de una convención” (WHITE 1978, p. 13; 2003, p. 85). No obstante esa cautela, el conjunto de imágenes empleado es muy similar, aunque la intención que regula su empleo es muy distinta.

La importancia del modelo de la profundidad viene a guisa de lo siguiente: White es consciente del estatuto “inflamable” de la tropología (KELLNER

1981, p. 15), de su poder transformacional, de su capacidad para deglutir ámbito tras ámbito de interacción verbal y no verbal y someterlo a su poder de adscripción heterónoma. Pero no desea reducir la práctica verbal a pura operatoria tropológica. Los vocabularios de las tramas, las argumentaciones y las implicaciones suponen *principios de acuerdo terminológico* que designan aspectos irreductibles del lenguaje de la historia. Lo que está en el corazón de la apuesta a la profundidad es la irreductibilidad de esos principios de acuerdo que designan los terrenos de lo ético, lo epistémico y lo estético (WHITE 1992, p. 25n y 36) como ámbitos no subsumibles los unos en los otros.

Sin embargo, evadir el determinismo apelando a la instancia “profunda” genera peores riesgos aún, porque ahora hay que derivar una “deducción trascendental” de los tropos (KANSTEINER 1993, p. 281) y asegurarnos de que la profundidad requerida encuentre algún modo de fundamentarse tal que no produzca ni una regresión al infinito ni una explicación circular. Y, al mismo tiempo, genera nuevamente preguntas: ¿son subsumibles las instancias de superficie respecto de la profunda, en virtud de las homologías estructurales y las reglas de derivación existentes?; ¿en qué consisten específicamente las homologías estructurales?; ¿cómo funcionan las reglas de derivación (aquello que hace que un tropo sea “dominante”)?

Creo que de esta agenda problemática no se sale indemne, a menos que se revisen los mismos presupuestos que modulan esta temática: ¿qué idea de ciencia, de narración y de ideología informa los planteos whiteanos y muchos de los de sus críticos? No puedo extenderme aquí sobre una temática que ya he tratado en otra parte (LAVAGNINO 2013; 2014). Lo que sí puedo es asentar firmemente que ese modelo de profundidad es fundamental para correlacionar la idea de ciencia como área compacta del discurso contrapuesta al tramo figurativo con la noción de que la narrativa opera ideológicamente por medio de sus clausuras. Esto es lo que me lleva a mi conclusión.

252

Volver a Auerbach (a modo de conclusión)

Partiendo de la ciencia como el área compacta del discurso y considerando lo ideológico meramente como una inversión metaléptica que encuentra uno de sus tipos en los mecanismos oclusivos y clausurantes de la narrativa, no creo que avancemos demasiado. Por el contrario, lo que podemos hacer es recuperar el énfasis auerbachiano que informa los planteos whiteanos y a los que comunica una impronta o tonalidad sugerente (nunca tan explícita como en WHITE 2010a, p. 33-52). Al comenzar este artículo había mencionado la salida auerbachiana como una alternativa tanto respecto de los planteos que desconfían de la narrativa por sus presuntas clausuras, distorsiones y mitologizaciones, como de aquellos que pretenden cimentarla en algo más vasto, un plano antecedente o un horizonte prenarrativo en la cual la narrativización podría fundamentarse. Esa vena es la que le ha permitido a White tomar distancia tanto de las “estrategias de continuidad” de autores como Carr o Ricoeur, como de aquellos que desde una perspectiva más claramente posestructuralista pretenden articular un horizonte antinarrativo (WHITE 1978, p. 278).

En ese tono o énfasis, lo que llama la atención es la circunspección auerbachiana a la hora de buscar una remisión de la práctica verbal a un plano de determinaciones que, en la forma de una oposición entre lo silogístico y lo entimemático o entre lo distorsionado y lo develado, resuelva el problema mismo de la figuralidad. Por el contrario, en Auerbach encontramos que aun en el género de la profecía figural (vinculada a la dogmática cristiana) el enorme avance que supone la noción misma de figuralidad reside en el hecho de que

implica la interpretación de un proceso universal y terrenal por medio de otro; el primer proceso significa el segundo y éste consume aquél [...] Lo acontecido sigue siendo algo alegórico, velado y necesitado de interpretación a pesar de su realidad concreta. Y es así como el acontecer terrenal no consiguió el alcance prácticamente definitivo que es propio tanto de las concepciones ingenuas como de las modernas y científicas de los hechos consumados (AUERBACH 1998, p. 106-107).

Es esta interrelación la que confiere consistencia a la idea misma de un proceso histórico al cual nos filiamos.

Para investirse de significado el acontecimiento ha de ser inscrito en la totalidad de una *trama* donde cobra sentido, función estructural y vectorial, donde "se destina" como unidad de un proceso urdido por las relaciones que entablan entre sí los distintos elementos de un acontecer completo (CUESTA ABAD 1998, p. 28).

Aprehendemos unos tramos del pasado por medio de no otra cosa que la puesta en relación de esos tramos con otros desde el *punto de trama* del presente. Y eso es así sencillamente porque no hay otra cosa (una divinidad, un plano extraterrenal o extrahistórico, un fundamento metafísico del Ser) a la cual apelar. La hazaña y la modestia de la función narrativa reside en proponer constelaciones de sentido que se sabe no contendrán otro alcance más que la contingencia propia de una apuesta. A distancia de cierta ingenuidad en la cual la facticidad se presenta como un logro definitivo, la concepción figural es consciente de su propia operación efectiva (*wirklich*) en el curso de las cosas.

No obstante, esa noción denominada por White *realista figural* no ha sido puesta en relación por White explícitamente en tren de discutir el estatuto de la narrativa, su lugar ideológico y su supuesto aspecto conclusivo u obturador de sentido. Antes que nada, le ha servido a la hora de resaltar los vínculos entre un texto, un autor y su época, estableciendo claramente que el realismo "atmosférico" de Auerbach estipula que sólo tenemos la proyección verbal de un proceso histórico para explicar otro (WHITE 2010a, p. 48). La vinculación se vuelve así retrospectiva, genealógica o afiliatoria, contingente y esencialmente disputable. En términos quizás circulares, la idea de Auerbach, retomada por White, es la de que sólo tenemos la historia figurada previamente para figurar nuestras próximas historias.

El objetivo declarado de este artículo era recorrer el punto oscuro en el que se anudaban ciertos presupuestos whiteanos en torno a los conceptos de ciencia, ideología y narración, que operan en la base de su propuesta

de una teoría tropológicamente informada del escrito histórico. El propósito no apunta a desarticular el narrativismo de White, sino a profundizarlo, llamando la atención sobre la insuficiente figuralidad de la propuesta figural de nuestro autor. En definitiva, cuando la tropología es el recurso para el análisis metateórico de las disciplinas cautivas, cuando la implicación ideológica no es más que una derivación de la vieja escuela de la distorsión, se están sentando las bases para una mala comprensión de la propuesta teórica. Si para captar la “estructura profunda” del escrito histórico debe sostenerse una perspectiva que anula buena parte de la riqueza de lo presupuesto en la lectura auerbachiana de la interpretación figural, estamos recreando dentro de la teoría misma aquello que queríamos disipar al momento de teorizar: la compacidad misma de lo disciplinario, el mito de que la narración es una fabulación en el borde inoperante de un mundo más imaginario que real.

Referencias bibliográficas

ANKERSMIT, Frank; KELLNER, Hans. **A New Philosophy of History**. Chicago: Chicago University Press, 1995.

AUERBACH, Erich. **Mimesis**: The Representation of Reality in Western Literature. Princeton: Princeton University Press, 1968.

_____. **Figura**. Madrid: Trotta, 1998.

254

BARTHES, Roland. El discurso de la historia. In: SARLO, Beatriz (ed.). **Ensayos estructuralistas**. Buenos Aires: CEAL, 1971, p. 9-28.

BLACK, Max. **Models and Metaphors**. Ithaca, New York: Cornell University Press, 1962.

CARR, David. **Time, Narrative and History**. Indiana: Indiana University Press, 1986a.

_____. Narrative and the Real World: an Argument for Continuity. **History and Theory**, v. 25, n. 2, p. 117-131, 1986b.

CHARTIER, Roger. Cuatro preguntas a Hayden White. **Historia y Grafía**, n. 3, p. 231-246, 1994.

_____. Histoire, Fiction et Verité. In: DENOFF, Jan; SIMONS, Barbara. **(Re) constructing the Past**. Bruselas: Keizer Karl, 1999, p. 395-410.

CUESTA ABAD, José M. Erich Auerbach, una poética de la historia. In: AUERBACH, Eric. **Figura**. Madrid: Trotta, 1998.

DORAN, Robert. Humanism, Formalism and the Discourse of History. In: WHITE, Hayden. **The Fiction of Narrative**. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2010.

_____. **Philosophy of History After Hayden White**. London: Bloomsbury, 2013.

FRYE, Northrop. **The Stubborn Structure**. Londres: Methuen, 1971.

- _____. **Anatomía de la crítica**. Caracas: Monteávila, 1977.
- _____. **La escritura profana**. Caracas: Monteávila, 1980.
- GADAMER, Hans Georg. **La dialéctica de Hegel**. Madrid: Cátedra, 1980.
- _____. **Verdad y método**. Salamanca: Sígueme, 2007.
- GEERTZ, Clifford. **The Interpretation of Cultures**. New York: Basic Books, 1973.
- GROSS, Alan G. **Starring the Text: the Place of Rhetoric in Science Studies**. Carbondale: Southern Illinois UP, 2006.
- _____. **The Rhetoric of Science**. Cambridge: Harvard UP, 1990.
- HESSE, Mary. **Models and Analogies in Science**. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, 1966.
- KANSTEINER, Wulf. Hayden White's Critique of the Writing of History. **History and Theory**, 32, n. 3, p. 273-295, 1993.
- KELLNER, Hans. The Inflatable Trope as Narrative Theory: Structure or Allegory? **Diacritics**, v. 11, n. 1, p. 14-28, 1981.
- _____. **Language and Historical Representation**. Madison, Wisconsin: University of Wisconsin Press, 1989.
- _____. Hopeful monsters. In: DORAN, Robert (comp.). **Philosophy of History after Hayden White**. London: Bloomsbury, 2013, p. 151-170.
- KUHN, Thomas. **La estructura de las revoluciones científicas**. México: Fondo de Cultura Económica, 1971.
- LAVAGNINO, Nicolás. Cinco tesis en torno a las arquitecturas del lenguaje histórico. **Signos Filosóficos - UAM**, México, v. XV, n. XXX, p. 119-149, 2013.
- _____. Specters of Frye. **Storia della Storiografia**, Roma, v. 65, I, p. 131-143, 2014.
- _____; TOZZI, Verónica (comps.). **Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía**. Buenos Aires: EDUNTREF, 2012.
- _____; _____. Contingencias narrativas. In: BOLAÑOS, Aitor (comp.) **A cuarenta años de Metahistoria de Hayden White**. Madrid: UNIR, 2013.
- LORENZ, Chris. Historical Knowledge and Historical Reality: a Plea for «historical realism». **History and Theory**, v. 33, p. 297-327, 1994.
- _____. Can histories be true?: Narrativism, Positivism and the «metaphorical turn». **History and Theory**, v. 37, p. 309-329, 1998.
- MANNHEIM, Karl. **Ideología y Utopía. Introducción a la sociología del conocimiento**. México: FCE, 2004.
- PAUL, Herman. **Hayden White**. Cambridge: Polity Press, 2011.

RICOEUR, Paul. **Tiempo y Narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico**. México: Siglo XXI, 1995.

_____. **Historia y narratividad**. Barcelona: Paidós, 1999.

_____. **Del texto a la acción**. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

_____. **Ideología y utopía**. Barcelona: Gedisa, 2008.

TAYLOR, George. Introducción. In: RICOEUR, Paul. **Ideología y utopía**. Barcelona: Gedisa, 2008, p. 11-42.

TOZZI, Verónica. **La historia según la nueva filosofía de la historia**. Buenos Aires: Prometeo, 2009.

WHITE, Hayden. What is a Historical System? In: BECK, A. D.; YOURGRAU, W. (comps.). **Biology, History and Natural Philosophy**. New York: Plenum Press, 1972, p.232-242.

_____. **Tropics of discourse, Essays in Cultural Criticism**. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1978.

_____. **The content of the form. Narrative Discourse and Historical Representation**. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987.

_____. **Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX**. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

256

_____. **Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica**. Buenos Aires: Prometeo, 2010a.

_____. **The Fiction of narrative**. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2010b.